

El Espíritu y la Mujer

Lucía Rodríguez



Crecidas en una sociedad patriarcal, se nos ha enseñado que el mundo de lo sagrado pertenece al varón, pues la mujer desde Eva es poseedora en su cuerpo de una realidad pecaminosa. Siendo así, las mujeres estaríamos ajenas a experimentar en nuestras vidas la gracia de Dios.

Entendiendo al Espíritu Santo como una presencia potenciadora de vida, como la presencia de Dios mismo en cada persona, es imposible -desde la visión anterior- que la mujer sea portadora del Espíritu de Dios. Sin embargo, nada más alejado de la realidad que decir que la mujer y el Espíritu no tienen relación alguna.

A lo largo de la historia miles y miles de mujeres han dado su vida para salvar otras, han sido portadoras de esperanza en medio de la contradicción y la amenaza, han gestado movimientos en favor de los más pequeños. ¿Acaso no son éstas acciones del Espíritu Santo que actúa donde quiera y con quien quiera?

1. El Espíritu y lo femenino

El «concepto hebreo para designar al Espíritu es 'Ruah', que significa fuerza vital y creadora de Dios, que lo pone todo en movimiento y anima todas las cosas. Es un término femenino»¹. Para la Iglesia

¹ SCHUNGEL-S Helen. *El Rostro Femenino de Dios*. Revista Concilium Nº 258. España, 1995.

Primitiva esta fuerza es central. El evangelista Lucas, en Hch. 2 describe cómo esa fuerza impetuosa desciende sobre los hombres y mujeres congregados, haciendo que los hijos e hijas hablen proféticamente, suprimiéndose la diferencia en dignidad entre sexos. De igual manera caen por tierra las diferencias entre las clases sociales, pues la condición de amo y esclavo no desempeña ya ningún papel. Todos reciben la misma *Ruah*. Es decir, el Espíritu tiene efectos liberadores ya que bajo esa fuerza divina todos los seres humanos somos iguales.

El evangelio de Juan también se inspira en ideas tomadas del Antiguo Testamento, para referirse al Espíritu como fuerza vivificadora (Jn 3,5). Esta fuerza que promete nueva vida, es la misma que hace posible que las discípulas y discípulos de Jesús entiendan realmente su mensaje (Jn 14).

La importancia de esa *Ruah*, data del siglo VI a.C. en la época del destierro del pueblo de Israel. En esta época de desesperanza, el profeta Ezequiel describe cómo por medio de la *Ruah* divina es posible nueva vida y nueva esperanza. En su visión los huesos secos cobran vida por medio de la *Ruah*, que es el Espíritu propio de Yavé. La *Ruah* es una fuerza que no se puede palpar ni definir. Sólo se puede captar por sus efectos de vitalidad, totalidad e integridad, que produce nuevo gozo de vivir, impulso y coraje. Esta *Ruah* poderosa es capaz de dar nueva vida a unos huesos muertos y secos (Ez 37).

Es importante, entonces, acentuar el trasfondo femenino del término hebreo *Ruah*. Con el Nuevo Testamento este concepto se transformó en el concepto neutro griego del *Pneuma*. Posteriormente, la tradición cristiana acogió la idea con el término latino masculino *Spiritus*, personificándose luego con *Spiritus Sanctus*, la Tercera Persona de la Trinidad. En este proceso no sólo se tradujo el concepto en sí mismo, pasando de femenino a masculino, sino que se perdió mucho de la experiencia de vitalidad y viveza con la que se entendía la *Ruah*.

2. La mujer en la Sagrada Escritura y el Espíritu de vida

Partiendo del hecho de que la mujer en Israel ocupaba un lugar de subordinación tan fuerte que era considerada por el hombre como objeto, es significativo encontrar textos en el Antiguo Testamento que resaltan la figura de la mujer como salvadora del pueblo. Veamos algunos ejemplos².

² DUMAIS, Monique. *Las mujeres en la Biblia*, Ed. Paulinas, Madrid 1987.

a) Débora. Esta mujer aparece en el libro de los Jueces. Débora es la única mujer que figura en la lista de los jueces que gobiernan al pueblo para salvarlo del peligro. Las tropas a su mando triunfan victoriosas ante el enemigo, de ahí que el canto de Jc 5,7 la proclama como madre.

b) Judit. Se servirá de su belleza para la salvación de su pueblo. Ella, frente a la inminente entrega de su jefe a los asirios, llama a dos ancianos, les reprocha su falta de fe en Dios y les hace descubrir lo devastador de entregarse a manos enemigas. Osías, jefe de la ciudad, reconoce entonces la sabiduría de esa mujer (Jdt 8,29), que no se queda con los brazos cruzados. Siente la inspiración de realizar una acción audaz y, utilizando su belleza, seduce al enemigo para acabar con él.

c) Ester. Esta joven y bella reina intercede ante el rey para salvar a todo el pueblo de la mano exterminadora del primer dignatario del rey (Est 3,13). Ella confiando en el Señor, denuncia al enemigo de los judíos y consigue del rey su favor. De esta manera, el pueblo judío se salvó gracias a la actuación de Ester.

En estas tres mujeres, Débora, Judit y Ester hay un despliegue de las capacidades y dotes que poseen y que muy pocas mujeres pueden desarrollar en plenitud. Ellas confían en la energía y dinamismo que Dios les ha regalado y se ponen al servicio de la sociedad de su tiempo. En estas acciones -desde el relato bíblico- se ve la intervención de Dios por medio de mujeres. Es la *Ruah* que actúa dando vida y fortaleza a la mujer.

d) María de Nazaret. La actuación del Espíritu de Vida a través de las mujeres cobra un significado especial en la figura de María, la madre de Jesús. Esta mujer sencilla, del pueblo, trabajadora, joven, es elegida por Dios para participar en su plan salvífico. No hay nada extraordinario en su vida, más que su apertura y entrega a Dios.

María no es una mujer sumisa, como la hace aparecer la dominación machista que ha imperado por siglos, sino que sobre todo es una muchacha rebelde y valiente, arriesgada y combativa. Es una mujer profética que sabe anunciar la grandeza del Señor y denunciar los abusos de la clase dominante (Lc 1,46-56). En ella se juntan la militancia y la misericordia, y por ellos fue un canal perfecto para el Espíritu Santo.

La relación de María con el Espíritu es muy estrecha. Ella es lugar de transparencia donde el Espíritu se vuelve cercano a la humanidad.

3. Las mujeres en la Edad Media: ¿brujas o santas?

La historia social escrita desde la postura del hombre ha relegado a un segundo plano a la mujer, invisibilizando así su papel en la historia. Sería muy importante rescatar las figuras de muchas mujeres que desafiando el sistema dominante y patriarcal, han luchado en pro de la vida para ellas, sus hijos e hijas y sus pueblos. No hay espacio en este comentario para hacer un recorrido a lo largo de los siglos. Solamente voy a referirme al período de la caza de brujas (siglos XIV al XVII), en que miles de mujeres fueron quemadas vivas a causa de su práctica medicinal.

La mayor parte de esas mujeres condenadas como brujas por la Inquisición, eran simplemente sanadoras no profesionales al servicio de la población campesina. La eliminación de las brujas como curanderas tuvo como contrapartida la creación de una nueva profesión médica masculina, bajo la protección de las clases dominantes.

Estas mujeres catalogadas como brujas, representaban una amenaza política y religiosa, para la Iglesia y para el Estado. Eran acusadas por tres razones: «ante todo sobre ellas recaía el peso de la sexualidad femenina ya que se les acusaba de todos los crímenes sexuales concebibles en contra de los hombres. En segundo lugar se les acusaba de estar organizadas. Y la tercera acusación, era que tenían poderes mágicos sobre la salud, que podían provocar el mal o curar»³.

Como vemos, el solo hecho de ser mujer era condena, pues se creía que la bruja tenía contacto sexual con el demonio y luego contagiaba el pecado de los hombres. En cuanto a la organización, era muy posible que se reunieran a intercambiar conocimientos sobre las hierbas medicinales y además tuvieran relación con las rebeliones campesinas de la época. Asimismo es de considerar que el sentimiento de persecución sería un motivo de unión y encuentro entre ellas.

³ EHRENREINCH, Bárbara. **Brujas, comadronas, y enfermeras. Historia de las sanadoras.** Curso impartido por Anna Arroba. Ilpes, Costa Rica, 1996.

La acusación que más se opone al mensaje cristiano es de que *ayudaban y sanaban al prójimo*. Las brujas sanadoras eran a menudo las únicas personas que prestaban asistencia médica a la gente del pueblo que vivía en miseria y enfermedad. Particularmente había una clara asociación entre la bruja y la comadrona. Por su parte, era aceptable que médicos varones atendieran a la clase dominante bajo el auspicio de la iglesia; no así la actividad de las mujeres sanadoras como parte de una sub-cultura campesina. La curación en sí misma aparecía como un hecho maligno. La distinción entre curaciones divinas y diabólicas era obvia, pues Dios actuaría a través de las curas y médicos y no por mediación de mujeres campesinas. El médico varón - que por supuesto tenía acceso a la universidad- «se situaba en un plano moral e intelectual muy superior al de la mujer sanadora. Se le situaba al lado de Dios y de la Ley, mientras abscribía a la mujer al mundo de las tinieblas, del mal y de la magia»⁴.

Las mujeres que curaban poseían multitud de remedios caseros experimentados por años. Muchas de las hierbas curativas descubiertas por ellas, continúan utilizándose hoy en la farmacología moderna. Tal es el caso del cornezuelo (ergotina) que lo empleaba contra los dolores de parto, en una época en que la Iglesia los consideraba castigo de Dios por pecado original. La mayoría de preparados que se empleaban en la actualidad para acelerar las contracciones y favorecer la recuperación después del parto, son derivados del cornezuelo.

Las brujas eran personas empíricas, confiaban más en sus sentidos que en la doctrina, creían en la experimentación. Su actitud no era pasiva sino indagadora. Confiaban en su propia capacidad para actuar sobre las enfermedades, embarazos y partos. La Iglesia por su parte, se oponía al espíritu de investigación, subvaloraba el mundo material y desconfiaba de los sentidos. La bruja, entonces, constituía una triple amenaza para la Iglesia: era mujer y no se avergonzaba de serlo; formaba un movimiento clandestino organizado por mujeres campesinas y era una sanadora cuya práctica se basaba en el conocimiento empírico. Frente a la represión eclesiástica, la bruja ofrecía la esperanza de un cambio en este mundo.

⁴ Ibid.

Afortunadamente hoy no existe la Inquisición, porque lo que voy a plantear podría haber sido para muchos motivo de acusación en dicho tribunal. Analizando la acción de estas mujeres curanderas en la Edad Media y frente a lo que la historia nos ha trasmitido, podríamos cuestionar el apelativo de brujas y verlas como mujeres llenas de esa fuerza vital creadora, de la *Ruah*, del Espíritu de Dios que se mueve por doquier. Esta afirmación la baso en tres aspectos:

a) La lucha por la vida. Hemos visto que las llamadas brujas eran campesinas, mujeres marginadas por su condición de género y social, pero llenas de una fuerza interior que las impulsa a luchar en contra de la enfermedad y del dolor. Son solidarias con los pobres, que al igual que ellas son excluidos. Son capaces de poner a la persona por encima de la ley, como en el caso de buscar alivio a la mujer parturienta aunque la doctrina eclesial enseñaba que era castigo de Dios. Eran mujeres que traían alivio y consuelo al necesitado.

b) La valentía desafiante. La persecución contra las brujas se prolonga por tres o cuatro siglos. Esto significaba que la muerte en hoguera de las primeras mujeres no fue escarmiento para las sucesoras. Podríamos pensar que su inocencia y convicción en lo que hacían era más fuerte que su miedo a morir. Ese valor que era la principal defensa de su causa es una muestra de perseverancia cristiana.

c) Una fuerza activa. A pesar de la situación de inferioridad en que vivía la mujer en esas épocas y de la anulación total de su persona por la cultura dominante, ella no se quedaba de brazos cruzados, se inquietaba, se organizaba e investigaba. No vivía en pasividad sino en actividad y al servicio de los demás.

Esa fuerza es renovadora, pues, saca de la clandestinidad a las hijas de Dios que también son portadoras de su Espíritu.

Es bueno que la historia y la Iglesia se replanteen esta forma de concebir a las miles de mujeres de los siglos XIV al XVII, que a mi criterio fueron -al menos en su mayoría- mujeres santas en su época. Santas, porque a pesar de arrastrar sobre sus espaldas una tradición condenatoria por su calidad de mujeres, fueron capaces de romper el silencio y fungir como colaboradoras de una sociedad más sana. Es hora de que ese silencio cargado de soledad, de holocausto, de muerte, de marginación, como historia robada, no vuelva a repetirse jamás.

4. Donde esta el Espíritu hay libertad

Las mujeres siempre hemos estado presentes en la historia de Salvación. Débora, Ester, Judit, María y otras más fueron elegidas por Dios para tener un papel fundamental en la historia de su pueblo. Muchas mujeres trabajaron hombro a hombro con Jesús. Lo acompañaron en su crucifixión, y María Magdalena fue la primera en experimentar al Señor Resucitado. Después fueron animadoras fervientes en la iglesia naciente.

A lo largo de toda la historia hasta nuestros días, las mujeres seguimos trabajando. Unas han participado activamente en la milicia como Juana de Arco, quemada en la hoguera como bruja. Otras han sido escritoras, como Sor Juana Inés de la Cruz; algunas han luchado por la igualdad de derechos entre hombres y mujeres como Olympe de Gouges, decapitada por la Revolución Francesa; otras, han trabajado en puestos de gobierno, y se han preocupado por el desarrollo del pueblo, tal es el caso de la Zarina Catalina de Rusia, que fue desprestigiada como incapaz para gobernar por sus políticas populares⁵.

Estas grandes mujeres han sido minimizadas por la historia. Su papel protagónico fue considerado atentatorio contra la hegemonía masculina. Por ello, es importante rescatar estas figuras, no como perversas sino como mujeres valientes que se movieron desde un sentimiento interior de libertad, ya que *donde hay Espíritu hay libertad*.

Este movimiento de mujeres en la historia, condenado y silenciado casi siempre, ha irrumpido en este siglo en una sola voz que clama por igualdad de derechos, justicia y liberación. En este marco es necesario resaltar que en los movimientos de mujeres que desde la Iglesia, la cultura, la política, la universidad, la economía, la casa, las organizaciones populares, estamos luchando a favor de la vida plena para nosotras mismas, nuestras familias y nuestros pueblos.

Desde el escritorio, las colonias y barrios, la cocina, la radio, la escuela, el consultorio médico, la tierra, están trabajando intensamente con otras mujeres, tratando de rescatarlas con la opresión y del anonimato al que han estado sometidas durante años. Es un movimiento de solidaridad, y no hay duda que ahí está presente el Espíritu, que se nos comunica para hacernos solidarias.

⁵ SAMAYOA, Claudia. **Mujer e historia. Una relectura crítica.** Conferencia en la IV Jornadas Mujeres y Teología. Universidad Rafael Landívar, Guatemala 1998.

Para muchas personas, estas organizaciones pueden parecer «sospechosas». Hay quienes dicen que son «diabólicas», pues incitan a la «desobediencia y al desorden». Esto es comprensible cuando se está de acuerdo con el orden establecido, con los patrones de conducta que han sido implantados por la sociedad e iglesia patriarcal. Pero si este «orden» va en contra de la dignidad humana de los más débiles, no podemos aceptarlos. De ahí que las mujeres hoy reclamamos el espacio que se nos ha arrebatado.

Exigimos un trato digno de parte de nuestros padres y hermanos, de nuestros esposos e hijos, de nuestros patronos, sacerdotes y pastores, de nuestros gobernantes y funcionarios públicos. Es una lucha por la vida, pues queremos la vida en abundancia como la quiso Jesús de Nazaret (Jn 10,10). Esta motivación es sumamente evangélica y no puede estar orientada más que por el Espíritu de Vida.

San Pablo en 2 Cor 3,17 afirma: «donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad». Durante siglos, las mujeres hemos estado limitada en nuestra libertad individual, prisioneras de un esquema impuesto y que se nos ha introyectado como la creencia de que el sometimiento es lo mejor. Cuando las mujeres procuramos salir de esta situación, cuando saltamos el miedo de hablar, pensar, manifestar, para contribuir a la construcción de una sociedad e iglesia de iguales, nos sucede como dice una canción del grupo costarricense de música de mujeres Claroscuro: «Mujer, si te han crecido las ideas, de tí dirán cosas muy feas... que cuando callas te ves mucho mejor». Sin embargo, a pesar de la oposición del sistema, las mujeres seguimos siendo fieles a esta fuerza interior que nos impulsa a buscar la liberación integral de nuestras vidas. Es la *Ruah*, el Espíritu de Vida y de Esperanza, que se mueve donde quiere y con quien quiere.

[Tomado de «VOCES DEL TIEMPO», Guatemala, 25 (enero-marzo 1998) 26-31 pp.]